

EL PERRO CANELO  
*Le chien jaune*  
Georges Simenon, 1931

Relato de una serie de atentados criminales subrayados por la presencia de un perro de color «amarillo sucio» al que nadie había visto antes. El objetivo del asesino parece ser un grupo de hombres adinerados que se reúnen cada noche en el café del hotel l'Amiral para beber y jugar a las cartas. Un joven agente local informa a Maigret sobre la repercusión social del acontecimiento: la situación no inquieta demasiado a «los humildes, los obreros, los pescadores» [183]\*. Solo preocupa «a los burgueses, y también a los comerciantes» [184]. Y es que «ni el doctor Michoux, ni Monsieur Le Pommeret, ni Monsieur Servières tenían muy buena fama. Aunque eran unos caballeros, lo cierto es que abusaban un poco cuando corrompían a las chiquillas de las fábricas. Es triste reconocerlo, pero hay muchos parados, y por dinero todas estas chicas... Y en verano era peor: siempre bebiendo, alborotando por las calles a las dos de la madrugada, como si la ciudad fuera suya» [183/184].

A Simenon le interesan los ambientes: «Basta un rayo de sol para que Concarneau se transforme; las murallas del casco antiguo, tenebrosas bajo la lluvia, se vuelven de un blanco alegre y resplandeciente» [221]; «En el patio, con todos sus pequeños adoquines separados por trazos de musgo verde, se respiraba la serenidad de un claustro de convento» [226].

En cuanto a los personajes, los mira con distinto cristal en función de su sexo. Benévolo, quién sabe si envidioso, etiqueta al grupo de golfos como «pandilla de juerguistas» [141]. El cariz de sus juergas es revelado por Servières, miembro del grupo, que añora «los buenos tiempos, cuando éramos lo bastante atractivos para estar rodeados de mujeres sin gastar un céntimo» [143]. Servières, a quien se atribuyen «algunas calaveradas en Brest y en Nantes» [143], presenta a su amigo Le Pommeret como un hombre «capaz de pasarse la noche hablando de mujeres» [143]. Y no solo hablando. Tal es su conducta que a su casa la llaman «la casa de las impudicias» [144]. Sobre Le Pommeret, vicecónsul de Dinamarca, Maigret escribe: «Pertenece a la pequeña nobleza. Su hermano dirige la mayor fábrica de conservas de Concarneau. Numerosas aventuras con jóvenes obreras» [164]. En cuanto a Mostaguen, el mayor vinatero de la ciudad, Simenon lo describe como «un gordo bonachón que solo tiene amigos» [139], impresión reforzada por el joven agente: «Lo más extraño es que disparasen contra Monsieur Mostaguen, que es la persona más buena de Corcarneau» [187]. Y también por Servières: «lo que se llama un pedazo de pan» [143], «sería la mejor persona del mundo si no sintiera pánico hacia su mujer» [142].

El carácter lúbrico de Simenon se manifiesta ya en el primer capítulo. La única mujer que aparece es Emma, la camarera del café, una chica de veinticuatro años poseedora de «un rostro sin gracia y, no obstante, tan atractivo que el comisario, durante la conversación que siguió a continuación, no dejó de observarlo» [142].

\* Los números entre corchetes corresponden a la paginación en la edición de RBA 1994, colección *Maestros del crimen & misterio*.

No se demora Simenon en aportar nuevos datos sobre el físico de la joven: «Por su aspecto, parecía anémica. Su pecho liso no despertaba la menor sensualidad. Pese a todo, su figura demacrada, desganada y enfermiza, la hacía atractiva» [149]. Para Simenon, con pelo bueno es un cepillo.

Para el siguiente sondeo, el autor se sirve de su alter ego, el comisario Maigret, quien tan pronto se queda a solas con Emma, la interroga: «Ven aquí. ¡Siéntate! ¿Qué edad tienes?» [149]. Y, enseguida, a lo suyo: «¿Tienes un amante?» [150]. La chica reconoce que se acuesta con varios de los clientes, conducta que considera normal dada su condición y sexo: otras chicas lo hacen, obreras de la fábrica de conservas que desfilan con docilidad por las camas de los señoritos siempre que son requeridas. Vivamente interesado por este asunto, al día siguiente, mientras se dirige a investigar un paraje, Maigret pregunta a su ayudante, el inspector Leroy: «¿Qué opina usted de Emma?» [153]. Leroy orienta su respuesta a la posible implicación de la camarera en el caso, pero Maigret lo interrumpe: «No le pregunto por eso. Dígame, por ejemplo, ¿le gustaría ser su amante?» [154]. Parece que a Maigret sí: «Al pasar junto a Emma, Maigret le acarició una mejilla» [183].

Al hilo de la investigación, Simenon aporta nuevos perfiles de mujer. Si las jóvenes de Concarneau, al menos las obreras, daban la impresión de ser bastante promiscuas, entre las señoras encontramos mayor variedad. Las hay ariscas, como la de Mostaguen, que tiene acoquinado a su marido. Precisamente porque «tenía miedo de que su mujer se enfadara» [139], Mostaguen se retiró temprano y sufrió un atentado criminal. Aun así, «su mujer le ha montado una escenita en el hospital [...] convencida de que se trata de una aventura amorosa» [143]. La mujer de Servières, en cambio, es mansa. Tras la desaparición de su marido, declara: «Deduje que saldría por la noche para ir a jugar su partida de cartas [...] Oí dar las once y media, pero no me preocupé porque a veces llega muy tarde. Me desperté en plena noche y me sorprendió no sentirlo a mi lado. Pensé que alguien lo habría arrastrado hasta Brest. Concarneau no es muy divertido, y él a veces... A las cinco me acerqué a la ventana y allí me quedé, de pie, esperando a que llegara, aunque a él no le gusta que le espere, y menos aún que haga preguntas» [161]. Y, más adelante: «Éramos felices, pese a las juergas que se corría de vez en cuando [219]. Bueno, sí, era un poco mujeriego. Pero todos los hombres lo son» [220]. Y remata, agradecida: «Es el hombre más bueno del mundo» [161]. Simenon no oculta su complacencia ante este tipo de esposa: «Tenía aspecto de ser una buena ama de casa, cosa que confirmaba la limpieza de cuanto la rodeaba» [160].

Tampoco los jóvenes salen bien parados: «A su alrededor se agolpaban sobre todo chiquillos y jóvenes fanfarrones» [160]. «Unos jóvenes, con una flor en el ojal y el pelo tieso de gomina estaban sentados a una mesa, pero no bebían los refrescos que habían pedido [...] se sentían muy orgullosos de demostrar tanto valor» [162]. «Se oían algunas voces aisladas de adolescentes que fanfarroneaban» [169].

Simenon extiende su desprecio a los periodistas que propagan la noticia desde el sensacionalismo: «Nuevo crimen. Después de Monsieur Mostaguen, después del periodista Jean Servières, ¡ahora Monsieur Le Pommeret! Acaban de hallarlo muerto en su dormitorio [...] y todo hace pensar en un envenenamiento». Tras comunicar la noticia a su redacción, «colgó, se secó la frente y lanzó a su alrededor una mirada de júbilo» [174].

En cambio, muestra su ternura hacia el perro, sobre el que han disparado y arrojado piedras: «Maigret se acercó para acariciar la cabeza del perro, que le dirigió una mirada asombrada, aunque todavía no se leía en ella el agradecimiento [...] El perro canelo respiraba con dificultad y estiraba simultáneamente sus cuatro patas a cada espasmo que sufría» [170]. El comisario le acarició la cabeza y le puso un poco de paja debajo de las patas [173].

Simenon no busca la simpatía del lector hacia su protagonista. «Maigret no era precisamente un ángel en lo que se refiere a la paciencia» [161]. «Las cortinas se estremecían a su paso. Los chiquillos dejaban sus juegos para contemplarlo con temeroso respeto» [192]. «Quien no conocía a Maigret se quedaba desconcertado cuando los grandes ojos del comisario miraban a una persona como sin verla, y después mascullaba algo ininteligible, alejándose de ella con el aire de considerarla despreciable» [174]. Sin embargo, el aduanero herido despierta en él el mismo sentimiento que el perro: «Cuénteme cómo ocurrió todo —dijo Maigret con dulzura» [208].

Descripciones aparte, el meollo del relato es la trama criminal. Así se la resume Maigret al alcalde «Disparan a través del buzón de una casa deshabitada contra Monsieur Mostaguen. Hay que descartar a Monsieur Le Pommeret y a Monsieur Jean Servières, y también a Emma, porque se hallaban en el café. Quedan el doctor Michoux y el vagabundo. Más un desconocido al que llamaremos X. Al día siguiente, sábado, en el café del Hotel de l'Amiral el doctor Michoux sospecha algo al contemplar su vaso. El análisis demuestra que la botella de Pernod contiene veneno. El domingo Jean Servières ha desaparecido. Su coche es hallado con manchas de sangre. Ahora bien, Servières es visto en París, donde parece ocultarse por su propia voluntad. Ese mismo día, Monsieur Le Pommeret muere a consecuencia de un envenenamiento por estricnina. Ayer por la noche, un aduanero recibe un balazo en la pierna [...] Solo hay un culpable posible: el llamado X. No me pida que lo detenga porque todos los habitantes de esta ciudad podrían ser nuestro X. Usted mismo, por ejemplo» [213/215].

Se diría que Maigret está bastante perdido. Sin embargo, está a punto de resolver el caso. ¿Método? «Yo no deduzco jamás» [193]. «Yo jamás creo nada» [220]. «En este caso, mi método ha sido justamente no tenerlo. He abordado la investigación al revés; sin embargo, tal vez aborde la próxima al derecho. Es cuestión de atmósfera, de rostros» [222].

Se ha mencionado la estricnina. Simenon no se resiste a enriquecer la trama con alguna noción de criminología, tic habitual en el género. Tras la muerte de Le Pommeret, el médico informa: «Estricnina. Mírele los ojos. Y sobre todo fíjese en la rigidez del cuerpo. La agonía ha durado media hora. Quizá más. [La aparición de los primeros síntomas] depende de la dosis y de la constitución de la persona. Unas veces tardan media hora, otras dos horas. [La muerte] se produce a causa de la parálisis general. Pero antes se producen parálisis locales. Debió de sufrir muchos espasmos, como en un ataque de *delirium tremens*» [175/176].

La conclusión final será revelada con todos los implicados reunidos en una celda de la comisaría (otro tic). El vagabundo, que ha sido detenido, cuenta su historia. Se llama Léon Le Guérec, y es «un excelente marino» [233]. Con su barco, *La Belle Emma*, transportaba frutas a Inglaterra. Hasta que la crisis amenazó con no poder pagar el préstamo. Entonces, aceptó el negocio que le propusieron los tres «canallas» de l'Amiral: llevar un cargamento de contrabando a Nueva York. Léon pensó que sería alcohol, pero era droga. El barco fue confiscado por la policía americana y Léon pasó varios años encerrado en Sing Sing. Cuando por fin regresó, supo que Emma se había acostado con varios hombres. Entonces decidió vengarse: «Matarlos no. Morir no es nada. Hacerles experimentar la vida de la cárcel, eso sí» [233/238].

En este punto, Maigret toma la palabra para desentrañar lo ocurrido en Concarneau. Tras disculpar la conducta de la pobre y abandonada Emma, expone cómo Michoux, enterado del regreso de Léon, le tendió una trampa, citándole en una casa deshabitada. Por azar, el que se acercó a la puerta fue Mostaguen, que recibió el balazo. Al día siguiente, Maigret inició su investigación. Para poner nerviosos a los

implicados, él mismo puso el veneno en la botella de Pernod. (En realidad, fue Emma, pero el comisario la encubre.) Entonces, Serviéres fingió su asesinato y se refugió en París. Temiendo que Le Pommeret, el más cobarde, contase todo a la policía, Michoux lo envenenó. Queriendo proteger al que consideraba único superviviente, Maigret lo encerró en una celda. Desde su habitación, Emma descubrió a Léon, oculto en la casa deshabitada, y se reunió con él. Para Léon no fue fácil aceptarla, pero finalmente se impuso el amor. Por su parte, la madre de Michoux, buscando la manera de exculpar a su hijo, se emboscó frente a l'Amiral y disparó contra el primero que salió, un oficial de aduanas, hiriéndole en una pierna. En cuanto al perro canelo, era un camarada inseparable de Léon. Lo acompañó a Estados Unidos, estuvo con él en Sing Sing y, a su vuelta, recibió el disparo de un vecino de Concarneau.

Moraleja: La burguesía provinciana incluye golfos y estafadores que no hacen ascos al tráfico de drogas y, llegado el caso, al asesinato. Para estos tipejos, que se hacen llamar «fuerzas vivas de la sociedad», la mano de obra no es más que un caladero de hombres a los que manipular y mujeres a las que explotar laboral y sexualmente.

Posdata: Cuesta entender la narración del encuentro de Léon y Emma en la casa deshabitada. Encaramado al tejado de l'Amiral, Maigret solo puede ver lo que sucede a una distancia de quince metros, a la luz de una vela, con un gigantón que le oculta la visión cada vez que pasa por delante de la ventana, y aun así capta cada gesto: «El rostro descompuesto de la joven parecía expresar alguna esperanza [...] El hombre la tomó en sus brazos, la estrechó contra él y pegó vorazmente sus labios a los de ella» [203]. Tampoco se entiende para qué prepara Maigret su pistola si no piensa disparar. Ni por qué Leroy desobedece la orden de seguir al vagabundo, permitiendo su fuga. Creo que es un pasaje raro. Incluso en los pequeños detalles: el vagabundo «rompió el gollete de la botella golpeándola contra el tacón del zapato» [204].